

Mirada en color

Alma de arlequín

Con su sombrero y su traje de rombos, con guitarra o sin guitarra, con su cara triste o alegre, a Joaquín Lobato le gustaban los arlequines, personajes clásicos de la “Comedia del Arte” que pintó de mil maneras: al óleo, al pastel, con tinta, con lápiz... Seguramente se identificaba con ellos por esa mezcla de ingenuidad y belleza que adorna sus semblantes.

Envueltos en colores, enmarcados sus trajes, su guitarra y su pensamiento entre azules, rosas y grises, o entre palomas al vuelo, estos personajes nos miran ahora desde la quietud del espacio que recuerda al pintor y poeta veleño: la Sala Joaquín Lobato del Palacio de Beniel. Desde el pasado viernes, los arlequines de Joaquín son protagonistas en las paredes, en las vitrinas, en ese recuerdo latente que sobrevuela y se palpa en las habitaciones que guardan todo lo que dejó este polifacético artista.

Junto a la pintura que inmortaliza su serenidad pensante, con sus gafas grandes, que lo veían todo, y su libro abierto a cualquier dilema, a cualquier poema, a cualquier atardecer de mar, y cerca de esa fotografía suya que lo inmortaliza en blanco y negro saboreando un buen vino, brindando quién sabe por qué, los arlequines se nos muestran con sus gorros y sus caras serias alrededor de sus libros, de sus cosas, mirándonos con esos ojos que siempre se me antojan tristes. Arlequines en las paredes, en cuadros, en bandejas de cartón, en blondas de encaje de papel. Y en las vitrinas, las pequeñas libretas donde pintaba esos rostros tan personales, que sobreviven al tiempo envueltos en papel cuadriculado y que se abren ahora para que podamos ver mejor las enigmáticas miradas que duermen entre sus páginas. Los amigos de Joaquín Lobato, empeñados siempre en airear su obra para que sea de todos, han “liberado” algunos de estos arlequines sacándolos del papel, serigrafiando sus rostros y exponiéndolos como cuadros para que puedan contemplarse mejor. Un trabajo arduo y costoso que nos permite ahora verlos, ampliados, fuera de esas libretas que los guardan para siempre.

Será porque conocimos a Joaquín; será porque admiramos su versatilidad; será porque nos identificamos con su pensamiento y su sentir. Será porque nos interesa su alma creativa y sensible, cualquier acto alrededor de su obra nos resulta atractivo. Y allí, en su casa de ahora, el ambiente que se respira es especialmente cálido. Todo habla de él. En su mesa de madera sigue sentado el perfil de su memoria; su teléfono mudo guarda el eco de todas las voces; las teclas silenciosas de su máquina de escribir teclean poemas al aire, y bajo la luz ausente de la pequeña lámpara, duermen alegrías y tristezas, momentos de soledad y muchas horas de amor. Pinturas, libros, poemas...Todo nos habla de él.

En estos eventos dedicados a Joaquín, el protocolo se convierte siempre en sentimiento de amigos. Actos cercanos, sencillos, que se preparan desde el cariño para mantener viva la esencia del poeta del pelo rizado y las gafas grandes que amaba el cine y el verano, y navegaba a la deriva por el mar misterioso de unos ojos verdes.

Desde hace unos días, en el I.E.S. de Torre del Mar que lleva su nombre se exponen también sus Goliardos, recreados magníficamente por alumnos del instituto y de otros colegios. Un interesante trabajo de alumnos, padres y profesores para acercar su obra a los estudiantes. Goliardos en el instituto; arlequines en el Beniel. La esencia de Joaquín Lobato se pasea por su pueblo.

“Derretido el maquillaje, se puso el arlequín azahares en los ojos...”

En la sala del Beniel, vagando entre arlequines, el alma de Joaquín vestía un traje de rombos de muchos colores: retales de versos, de puestas de sol, de música de cine, de mares queridos, de honda filosofía. Sin sus gafas, con su pelo rizado escondido bajo el sombrero, con el corazón latiendo tras los rombos coloristas, y la música de su vida escapando por una guitarra, Joaquín Lobato, con su alma de arlequín, nos contemplaba. Y pensaba, quizá, en lo hermoso que es sentir que es profeta en su tierra.

Luego vendrían, como en su verso, los aplausos y las voces.

Margarita García-Galán